a amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

SOLUCION

11			T	
	J			
		3		
K		3	L	
		М		
N				
			4	

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las nistas numéricas. En la columna B. (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes pero fuera de posición

SOLUCION Z998

					В	R	
					4	0	
	8	9	1	6	1	1	
ĺ	2	9	5	6	0	2	
	1	7	6	3.	1	0	
١	3	4	5	7	1	0	



avenida porque la novedad busca una oreja amiga donde vaciarse. En el apuro no ve, por detrás del colecti-vo, ese auto a toda marcha

Onassis

Más bien obsecuente fue el inicio de aquella entrevista. "Cuente el secreto de todo esto...", le dijeron. El ricachón miró a la mujer delgada al lado de la piscina, los destellos incesantes de la isla y, al final del largo reguero de césped, una palmera. "¿La vio?", preguntó y el periodista dijo si con la cabeza.

-Bueno, yo lo vi primero.

Borrachera

Llegó con los resabios de la resa-ca, sobre todo, debajo de los ojos. Recordaba el clima más que nada el tono, ese envión de otro mundo que lo empujó en la madrugada: claro tenía el sentimiento de haber escrito el poema de su vida. Sacó un papel, an-gustiado, y mostró el manuscrito ilegible. "Te juro, lo mejor que escribí y ahora no entiendo nada", dijo, mientras puteaba, lento y fatal.

Muerte

Como un gato enjaulado se mueve, sin saber qué puede hacer para calmarse. Lo del padre es ahora una certeza que acaban de anunciarle y hay un fuego punzante que, desde la garganta, lo acecha. Así sube hasta el estudio, se aferra al bandoneón y toca. Escribe un re sostenido a mano, en un pentagra-ma. Afuera es otoño de 1959, en Nueva York.

Algo tiene que salir de todo esto -se dice a si mismo Astor Piazzolla y comienza a componer "Adiós Nonino"

ECTURAS

Vlady Kociancich ha publicado tres novelas: "La octava maravilla", "Ultimos días de William Shakespeare" y "Abisinia". 'La extranjera' forma parte del volumen de cuentos "Todos los caminos", que editará próximamente Alfaguara de Buenos Aires, El libro recibió el año pasado el premio Gonzalo Torrente Ballester en La Coruña, España.

al vez porque el nombre era demasia-do largo para meterlo entre frase y frase sin sentir que los obligaba a una suerte de zalema verbal, o porque tenía el inocente timbre peyorativo de algunos nombres de mujer, víctimas de novelas de cuarta y atroces películas de Hollywood, habían intentado darle otro cuando hablaban de ella. Pero ninguno de los dos (al menos durante la semana que los arrastró como a nadadores expertos una corriente traicionera) advirtió el esfuerzo de llamarla adecuà-damente hasta que Isabel, en el café donde damente nasta que isable, en el care donde sollan reunirse casi todas las noches por ne-cesidad, costumbre o tedio, ahogándose en un nuevo acceso de tos, sacó del bolso una torpe reproducción de la Sirenita de Sitges y la puso sobre la mesa.

-Recuerdo de la Extranjera -dijo, cuan-

do la tos lo permitió.

Tocar el nombre que la calificaba fue un alivio tan absurdo como el regalo de una maanvio tan absurdo como el regato de una ma-lac cerámica hecha para turistas, a Isabel, que llevaba diez años de exilio en Barcelona y ha-bia perdido la cuenta y el placer de sus via-jes a Sitges, mar, pueblo y sirena al alcance de la mapo, una hora de tren cuando mu-cho. Cazadores ciegos, Isabel y Mauricio hacno. Cazadores ciegos, isadei y Maurico na-bian golpeado la maleza, cada uno a su mo-do, sin comunicarse la persecución ni el fra-caso, hasta que el nombre salió y lo dejaron correr, libre e inofensivo, entre las mesas de un café de las Ramblas.

La única celebración que la victoria m recía era una sonrisa y ambos sonrieron. La Extranjera. Con mayúscula, entre comillas, en cursiva, en negrita, pensó Isabel, un nom-

bre. Qué cansados estamos, ni gracia tiene.

—Tenés que cuidarte esa tos —dijo Mauricio, mientras abría la puerta del taxi para que ella subiera.

Isabel volvió la cabeza. Ahí estaba Mau-ricio en la vereda, mirando el taxi que se aleiaba, las manos en los bolsillos, la bufanda alrededor del cuello, encogido en el viento de marzo. Como en viejas fotografías halladas por azar en el hueco de un mueble o entre los libros del estante más alto de la bi-blioteca, vio a Mauricio retratado en una mustia intimidad de puertas que le abría, sillas que le apartaba, cuentas de café que no le dejaba pagar, cuadras de más para acompañarla a su casa. Diez años.

No debía pero encendió un cigarrillo y em-pezó a fumarlo con rabia para que el tabaco y el inevitable golpe de tos borraran esos ges tos fósiles que algo había desenterrado. Lo consiguió. Mauricio se reconstruía velozmente del otro lado de la ventanilla, bajo los focos blancos de hoy, marzo una vez más en Barcelona, Mauricio alegre, enérgico, próspero en la mediana ambición de un empleo pero en la mediana ambición de un empleo en La Vanguardia, una esposa catalana que lo adoraba con una pizca de azoramiento inexpresado por las callejas laterales donde no andaba ella sino Isabel (la amiga eterna, la escritora y colega), o Enrique (otro argentino) o el familiar de viaje y ¿por qué no? también las cartas, las voces en el teléfono a través del océano, desde y hacia la orilla de un río día a día más ancho, más turbio, más remoto.

Pagó al chofer, bajó, buscó las llaves en el bolso, tosiendo. Juan estaría ya en casa, pero él no le diría que se cuidara esa tos, demasiado joven, por lo tanto inmortal, y bien sabían desde el primer momento en que com-partieron cama y techo que era Isabel la fuer-

No encontraba las llaves y la impaciencia abrió camino a una memoria indigna. Vivo con un chico que tiene veinte años menos que yo, le había dicho, enojada vaya a saber por qué, si el diálogo sobre buenas y malas traducciones no conducía razonablemente a una declaración como esa. Por la cara de la Extranjera había volado una sombra, un pájaro de aturdimiento que le recordó a la mu-jer de Mauricio, un pájaro tan chico, frágil estúpido que la avergonzó, le hizo preguntarse por qué apuntar al pájaro y por qué (te-nía las llaves en la mano e iba a abrir la puerta) le había contado luego la historia del bal-

cón.

No se quitó el tapado. Tiró el bolso en una silla y encendió una lámpara más. De pie algo trémula por unas líneas de fiebre, en el centro de aquella habitación que oprimía la carne de vida cotidiana como el corsé las opulencias de una vieja señora, lo llamó. —¿Juan?

De gusto. No estaba ni debia estar antes de las once y eran las nueve. Con un suspiro de cansancio se sentó, vestida como para dar otra vuelta en la noche, frente al tablero de ajedrez. Blancas, negras, ¿cuáles habían si-do sus piezas en la última partida? Se aga-chó para recoger un alfil del suelo. Desorden en el único orden que ella imponía a la

-No es realmente mi casa dicho-. Fijate que alquilo el piso con los muebles.

La necesidad de disculparse por no invitarla a tomar un café y mostrarle los juegos que sí eran suyos (tableros y figuras, letras y números, itinerarios amigos de la razón) la sorprendió ahora, aunque la mirada que entonces cruzaron con Mauricio ya conce-día. Recordó la humildad de esa excusa como un inoportuno giro idiomático, una zan-cadilla de la lengua que uno cree hablar flui-damente, agresiva por el desuso. La Extraniera, sonrió Isabel a solas, bostezando. Qué

, che. n levantarse de la silla, en la protección de la lámpara y del tablero de ajedrez, giró un poco el cuerpo hacia el balcón y lo miró como lo habrían mirado los ojos de la otra mientras ella narraba. Un grabado mágico y sombrío al modo de Doré, que Isabel eli-gió, entre tantos énfasis posibles, para ilus-

trar el cuento.

Una mañana (pocos días antes de la lle-ada de la Extranjera a Barcelona), había sa-

lido a tender ropa en el balcón.

—La puerta del balcón abre y cierra de adentro. Por los ladrones, imaginate vos

—aclaró y la otra asintió cortésmente, antes de oír que el piso estaba en la sexta planta. —En el sexto *piso* —se corrigió Isabel y de rabia nomás por esa agachada lingüistica, prendió un cigarrillo con el filtro del que estaba fumando—. Mirá los años que salgo sin dejarme la llave, pero ese dia no. Mi amigo estaba adentro. Bañándose, vistiéndose, no sé. Igual fue una imprudencia. Salgo medio dormida, cargo el balde y la bolsita con los broches, cierro la puerta con el pie, el frío era terrible y no quería que se me metiera en la casa. Me apuro a colgar esa ropa mojada que me lastima las manos y en eso, porque sí, me doy vuelta y lo veo a mi amigo que me saluda. Se iba a trabajar. Lo veo véndo se del otro lado del vidrio y ¿no voy yo y lo su ridículo martirologio en el balcón.

La primera reacción, instintiva y grotes-ca, había sido la común al sueño: el horror de la desnudez. No estaba desnuda, pero se vio exhibida a los ojos del mundo en el es-caparate de un sexto piso, con un piyamã gris y una enorme tricota deformada, también gris y destejiéndose en el cuello, momia de un pulóver juvenil de Buenos Aires que ahora sólo abrigaba el paso de la cama al día

en diez inviernos extranjeros.

—Justo yo y en esa situación, preocupar me por el aspecto que tenía — Isabel mostró la dramática anchura de su sonrisa y la otra también sonrió, imperturbable ante el desdén por esos tics de coquetería femenina que la Extranjera, caramba, publicaba en edición de lujo.

Pero los ojos del mundo -descubriría muy pronto Isabel— estaban bien cerrados. Nadie abrió una ventana ni se asomó en la primera hora u hora y media (un cálculo que hizo después, sin valor alguno, porque den-tro del balcón había un tiempo y fuera del balcón había otro), nadie contestó a su lla-

-De todos modos... -la tos la interrum pió, Mauricio le quitó el cigarrillo con eno-jo—... hay palabras imposibles. Socorro, por ejemplo. ¿Quién se anima a gritar socorro?

Y entonces, como lo harían secretamente en todos esos días de pasearla, de hablar y de escucharla, Mauricio e Isabel se miraron buscándose. Claro que no. Si ellos no habían gritado, a qué esperar el grito de esa garganta tersa y saludable. Luz mala, el fantasma del llano. Sólo duró un instante, la digresión los unía otra vez alrededor del fuego, cazadores de un mismo zafari. Socorro es imposible, acordaron, una palabra con rubores de niña. ¿Y auxilio? La equis frena el grito como un pasador que cae entre los dientes. ¿Ayuda? Le falta una preposición, es un gato sin cola.

-: A mí los de la casa! -gritó Mauricio con exagerado acento español y unas mu-jeres de la mesa vecina giraron la cabeza, ceñudas, mientras los tres reian

 —Me parece —dijo la Extranjera con esa voz suave de señora, entre pedante y modosita— que la palabra para el grito tendría que ser onomatopéyica. Como help. Los ingle-ses están salvados. Una silaba, un aullido. En castellano nadie pide socorro. Por orgu-llo, un páramo en la lengua. O una cadena de vocales y de consonantes. Como si a uno le sobrara el aire para ir largándolas sentenciosamente. Cuando completaste tu línea sos

-A otros latinos no les va meior entornó los ojos, se llevó una mano a la gar-ganta y con erres gangosas canturreó: —Au secours! Au secours!

Se rieron tentados, como chicos. Un mi-nuto después, atizada por el oxígeno de frases, citas, nombres, obras donde escarbaron en busca de la palabra que fuera un grito sin sonrojo, la conversación crepitaba en el ca-fé de Barcelona. Y ahí (recordaba ahora Isabel, dolida y con alivio), en el fuego que ca da uno alimentó con la madera de su propia experiencia, con la respuesta individual a una misma y eterna pregunta de escritores, la luz de muerto que acompañaba el paso de la Extranjera por otro territorio se extinguía y era tranjera por otro territorio se extinguia y era una hermana más de la loca, dispersa fami-lia de la literatura, hermana recién llegada al mundo de Isabel y Mauricio pero unida desde siempre a los dos por el indestructible lazo de sangre. Y había escrito un libro que ellos admiraban.

En la ternura de la amistad no hay prejuicio y tiernamente, aunque perplejos e irritacio y ternamente, aunque perpejos e irria-dos, la observaron. Inteligente y culta. Y por Dios, edénicamente, insoporta-blemente provinciana. Las Provincias Unidas del Sud, porque de los últimos diez años de horror en la Argentina ni una marca en el mapa. Extraterritorial, decidieron, generosamente, agobiados. Pero había

Por Vlady Kociancich



Menos de un segundo, un ruido seco (el clac de la puerta de calle), la mano de Isabel en el aire, el chau gutural arrastrado por un viento de hielo, y ya tenía encima toda la ra-bia, toda la impotencia, toda la desdicha de EXTRANJERA

Vlady Kociancich ha publicado tres novelas: "La octava maravilla". "Ultimos días de William Shakespeare" v "Abisinia". 'La extranjera' forma parte del volumen de cuentos "Todos los caminos", que editará próximamente Alfaguara de Buenos Aires. El libro recibió el año pasado el premio Gonzalo Torrente Ballester en La Coruña, España,

al vez porque el nombre era demasiado largo para meterlo entre frase y fra-se sin sentir que los obligaba a una suerte de zalema verbal, o porque te-nía el inocente timbre peyorativo de algunos nombres de mujer, victimas de novelas de cuarta y atroces películas de Hollywood, haentado darle otro cuando hablaban de ella. Pero ninguno de los dos (al menos durante la semana que los arrastró como a nadadores expertos una corriente traicione ra) advirtió el esfuerzo de llamarla adecuadamente hasta que Isabel, en el café donde solian reunirse casi todas las noches por ne-cesidad, costumbre o tedio, ahogándose en un nuevo acceso de tos, sacó del bolso una torpe reproducción de la Sirenita de Sitges y la puso sobre la mesa.

Recuerdo de la Extranjera - dijo, cuan-

do la tos lo permitió.

Tocar el nombre que la calificaba fue un alivio tan absurdo como el regalo de una ma-la cerámica hecha para turistas, a Isabel, que llevaba diez años de exilio en Barcelona y habia perdido la cuenta y el placer de sus viajes a Sitges, mar, pueblo y sirena al alcance de la mano, una hora de tren cuando mucho. Cazadores ciegos, Isabel y Mauricio ha-bían golpeado la maleza, cada uno a su mo-do, sin comunicarse la persecución ni el fracaso, hasta que el nombre salió y lo dejaron correr, libre e inofensivo, entre las mesas de un café de las Ramblas.

La única celebración que la victoria merecía era una sonrisa y ambos sonrieron. La Extranjera. Con mayúscula, entre comillas, en cursiva, en negrita, pensó Isabel, un nom-

bre. Qué cansados estamos, ni gracia tiene.

—Tenés que cuidarte esa tos —dijo Mau-ricio, mientras abría la puerta del taxi para que ella subiera.

Isabel volvió la cabeza. Ahí estaba Mau-

ricio en la vereda, mirando el taxi que se alejaba, las manos en los bolsillos, la bufanda alrededor del cuello, encogido en el viento de marzo. Como en viejas fotografías halla-das por azar en el hueco de un mueble o en-tre los libros del estante más alto de la biblioteca, vio a Mauricio retratado en una nustia intimidad de puertas que le abría, sillas que le apartaba, cuentas de café que no le dejaba pagar, cuadras de más para acom-pañarla a su casa. Diez años. No debia pero encendió un cigarrillo y em-

pezó a fumarlo con rabia para que el tabaco y el inevitable golpe de tos borraran esos ges-tos fósiles que algo habia desenterrado. Lo consiguió. Mauricio se reconstruía velozmen-te del otro lado de la ventanilla, bajo los focos blancos de hoy, marzo una vez más en Barcelona, Mauricio alegre, enérgico, prós-pero en la mediana ambición de un empleo en La Vanguardia, una esposa catalana que lo adoraba con una pizca de azoramiento inexpresado por las callejas laterales donde no andaba ella sino Isabel (la amiga eterna. la escritora y colega), o Enrique (otro arger tino) o el familiar de viaje y ¿por qué no? también las cartas, las voces en el teléfone

a través del océano, desde y hacia la orilla

de un río día a día más ancho, más turbio,

Pagó al chofer, bajó, buscó las llaves en el bolso, tosiendo. Juan estaría va en casa, pero él no le dirla que se cuidara esa tos, de-masiado joven, por lo tanto inmortal, y bien sabían desde el primer momento en que com partieron cama y techo que era Isabel la fuer

No encontraba las llaves y la impaciencia abrió camino a una memoria indigna. Vivo con un chico que tiene veinte aflos menos que vo, le había dicho, enojada vaya a saber po qué, si el diálogo sobre buenas y malas tra-ducciones no conducia razonablemente a una declaración como esa. Por la cara de la Extranjera había volado una sombra, un pája ro de aturdimiento que le recordó a la mu jer de Mauricio, un pájaro tan chico, frágil y estúpido que la avergonzó, le hizo pregun-tarse por qué apuntar al pájaro y por qué (tenia las llaves en la mano e iba a abrir la pue ta) le había contado luego la historia del bal

No se quitó el tapado. Tiró el bolso en una silla y encendió una lámpara más. De pie algo trémula por unas líneas de fiebre, en e centro de aquella habitación que oprimía la came de vida cotidiana como el corsé las opu-lencias de una vieja señora, lo llamó.

 $-_{\xi}$ Juan? De gusto. No estaba ni debia estar antes de las once y eran las nueve. Con un suspiro de cansancio se sentó, vestida como para das otra vuelta en la noche, frente al tablero de ajedrez. Blancas, negras, ¿cuáles habian si-do sus piezas en la última partida? Se agachó para recoger un alfil del suelo. Desor-den en el único orden que ella imponia a la

casa -No es realmente mi casa -le había . Fijate que alquilo el piso con los muebles.

La necesidad de disculparse por no invi tarla a tomar un café y mostrarle los juegos que si eran suyos (tableros y figuras, letras y números, itinerarios amigos de la razón) la sorprendió ahora, aunque la mirada que entonces cruzaron con Mauricio ya conce día. Recordó la humildad de esa excusa co mo un inoportuno giro idiomático, una zan cadilla de la lengua que uno cree hablar flui-damente, agresiva por el desuso. La Extran-jera, sonrió Isabel a solas, bostezando. Qué vida, che.

Sin levantarse de la silla, en la protección de la lámpara y del tablero de ajedrez, giró un poco el cuerpo hacia el balcón y lo miró como lo habrian mirado los ojos de la otra mientras ella narraba. Un grabado mágico y sombrio al modo de Doré, que Isabel eli gió, entre tantos énfasis posibles, para ilus trar el cuento.

Una mañana (pocos días antes de la lle gada de la Extranjera a Barcelona), había sa lido a tender ropa en el balcón.

 La puerta del balcón abre y cierra de adentro. Por los ladrones, imaginate vos -aclaró y la otra asintió cortésmente, ante

de oir que el piso estaba en la sexta planta

—En el sexto piso —se corrigió Isabel y de rabia nomás por esa agachada lingüísti ca, prendió un cigarrillo con el filtro del que estaba fumando—. Mirá los años que salgo sin dejarme la llave, pero ese día no. Mi ami-go estaba adentro. Bañándose, vistiéndose, no sé. Igual fue una imprudencia. Salgo me dio dormida, cargo el balde y la bolsita con los broches, cierro la puerta con el pie, el frío era terrible y no queria que se me metiera en la casa. Me apuro a colgar esa ropa mojada que me lastima las manos y en eso, porque sí, me doy vuelta y lo veo a mi amigo que me saluda. Se iba a trabajar. Lo veo yéndo-se del otro lado del vidrio y ¿no voy yo y lo saludo?

Menos de un segundo, un ruido seco (el clac de la puerta de calle), la mano de Isabel en el aire, el chau gutural arrastrado por un viento de hielo, y ya tenía encima toda la rasu ridiculo martirologio en el balcón. La primera reacción, instintiva y grot

, había sido la común al sueño: el horror de la desnudez. No estaba desnuda, pero se vio exhibida a los ojos del mundo en el escaparate de un sexto piso, con un piyamà gris y una enorme tricota deformada, también gris y destejiéndose en el cuello, momia de un pulóver juvenil de Buenos Aires que aho-ra sólo abrigaba el paso de la cama al día

en diez inviernos extranjeros.

—Justo yo y en esa situación, preocuparme por el aspecto que tenía —Isabel mostró la dramática anchura de su sonrisa y la otra también sonrió, imperturbable ante el des-den por esos tics de coquetería femenina que la Extraniera, caramba, publicaba en edición

Pero los oios del mundo —descubriría muy pronto Isabel— estaban bien cerrados. Nadie abrió una ventana ni se asomó en la primera hora u hora y media (un cálculo que hizo después, sin valor alguno, porque del ro del balcón había un tiempo y fue balcón había otro), nadie contestó a su lla-

De todos modos —la tos la interrum pió, Mauricio le quitó el cigarrillo con enojo..... hay palabras imposibles. Socorro, por ejemplo. ¿Quién se anima a gritar socorro? Decime la verdad, vos alguna vez...

Y entonces, como lo harian secretamente en todos esos dias de pasearla, de hablar y de escucharla, Mauricio e Isabel se miraron buscándose. Claro que no. Si ellos no habían gritado, a qué esperar el grito de esa garganta tersa y saludable. Luz mala, el fantasma del llano. Sólo duró un instante, la digresión los unía otra vez alrededor del fuego, cazadores de un mismo zafari. Socorro es imposi ble, acordaron, una palabra con rubores de niña. ¿Y auxilio? La equis frena el grito como un pasador que cae entre los dientes. ¿Ayuda? Le falta una preposición, es un gato sin cola.

—¡A mí los de la casa! —gritó Mauri-

cio con exagerado acento español y unas mu-jeres de la mesa vecina giraron la cabeza, ceñudas, mientras los tres reian.

-Me parece -dijo la Extranjera con esa voz suave de señora, entre pedante y modosita- que la palabra para el grito tendría que ser onomatopéyica. Como help. Los ingle-ses están salvados. Una silaba, un aultido. En castellano nadie pide socorro. Por orgullo, un páramo en la lengua. O una cadena vocales y de consonantes. Como si a uno le sobrara el aire para ir largándolas sentenamente. Cuando completaste tu línea sos cadáver.

-A otros latinos no les va meior -Isabel entornó los ojos, se llevó una mano a la garganta y con erres gangosas canturreó: -Au secours! Au secours!

Se rieron tentados, como chicos. Un mi-nuto después, atizada por el oxigeno de frases, citas, nombres, obras donde escarbaron en busca de la palabra que fuera un grito sin sonrojo, la conversación crepitaba en el ca-fé de Barcelona. Y ahi (recordaba ahora isa-bel, dolida y con alivio), en el fuego que cada uno alimentó con la madera de su propia experiencia, con la respuesta individual a una misma y eterna pregunta de escritores, la luz de muerto que acompañaba el paso de la Extranjera por otro territorio se extinguia y era una hermana más de la loca, dispersa familia de la literatura, hermana recién llegada al mundo de Isabel y Mauricio pero unida desde siempre a los dos por el indestructible lazo de sangre. Y había escrito un libro que ellos admiraban. En la ternura de la amistad no hay prejui-

cio y tiernamente, aunque perplejos e irrita-dos, la observaron. Inteligente y culta. Y por Dios, edénicamente, insoporta-blemente provinciana. Las Provincias Unidas del Sud, porque de los últimos diez años de horror en la Argentina ni una marca en el mapa. Extraterritorial, decidie-

un truco. Isabel ya sabia (lo descubrieron er el primer encuentro con ella) que unos segun dos más, extrovertida e implacable, cuento a cuento, memoria a memoria, broma a bro ma, los sacaria del tema del balcón, de la pe sadilla y del grito y que se dejarian llevar, con una amarga sensación de estafa, a la ron-da de libros donde ebrios, felices, inocentes, girarian los tres. Era en esos momentos cuan-do Mauricio e Isabel, secretamente replegados, buscaban el nombre que llenara el huc co, la palabra que ocupara el silencio

-Entonces, ¿qué gritaste? -preguntó inesperadamente la Extranjera. I Isabel la miró con asombro. Otra vuelta de tuerca. No había gritado nada, por su-

-Dijiste que nadie contestó. Los ojos de la Extranjera tenían la misma

transparencia, sólida e infranqueable, del vi-drio del balcón.

—Pero Isabel —Mauricio se pasaba de bando-, dijiste que llamabas y nadie con

Acosada por ambos, trató de recordar. Tal vez había pensado el grito.

—La verdad, no grité. Creo que por pu

dor. Por nuestro estúpido miedo al ridículo ¿Nuestro? Ahora, a las diez de la noche ante el tablero de ajedrez, un alfil en la pal-ma de la mano, admitió la vulgaridad de esa excusa. Apelaba —torpe instinto obsoleto— al lustre aporteñado del terror, la misma de sidia y la nostalgia gris que guardaba en ur viejo pulóver de Buenos Aires. Si, el argen tino del estereotipo, con su facha de inglés disfrazado de guapo. No, no fue miedo a ridiculo, no fue miedo de pasar vergüenza.

—Para llamar, hermana, hay que tener ur

nombre -le dijo ahora estremeciéndos Porque cuando diez años atrás, en Bue-nos Aires, la puerta se cerró tras ella y cortó el paso al grito que podía gritar, el mundo era un desierto de balcones anónimos. Hu-manamente se defendió del pánico con las únicas armas que tenía. La primera, el rechazo. No, no estoy aquí, estoy en mi cam-y soñando. Pero estaba, temblando en el hie lo de invierno y el cuerpo se lo renitió hasta convencerla. La segunda salida, el absurdo. Es una broma, un chiste idiota. Trató de reir y apenas logró una sonrisa descarnada y hue ca, colgando en el vacío, muerta al nacer por que el humor exige la presencia de otros y ella estaba sola. La ira llegó a su turno y na turalmente. ¿Por qué yo? ¿Quién me persi-gue? La respuesta fue que debia apurarse y no hacer más preguntas. Esa misma noche el exilio, una valija con lo indispensable. No habria despedidas, el barco esperaba en e puerto. Rebelde, Isabel se negaba a partir No es verdad, no es verdad, estoy en mi ca

lo vi saludarme, desapareció, volverá, tier que abrir la puerta, entregarme la llave. Para llamar hay que tener un nombre y diez años atrás Buenos Aires era un desierto anónimo. Lo cruzó tan callada y a oscuras como la ciudad que dormía, y las palabra necesarias las dijo en un susurro. El grito de Isabel estaba guardado en la valija. Eran resmas de papel muy fino, azul y amarillo. creés que no hay papel en Barcelona reprocharon cariñosamente, "Igual, Igual lo

ma y soñando, ésta es mi casa, éstos son mis

libros, ésta es mi gente, él dijo chau, se fue a trabajar como todos los días, no ha muer-

to, sólo olvidé sacar la llave, me di vuelta,

El timbre la sobresaltó: No era la puerta, era el teléfono. Lo dejó sonar un buen rato mientras se tocaba la frente y descubría que sudaba. Hace calor, pensó, y apartó de la cara unos mechones empapados. Sin quitarsi el abrigo, fue resignadamente hasta el telé fono. Era Mauricio

-¿Por qué no atendías? Me asustaste Con esa tos, no se te ocurrirá salir. -No, claro.

Y mañana tampoco. Oíme, la llevo yo eropuerto. Vos le metés en cama. -Mauricio -sintió la ronquera hiriéndole

-Decime la verdad. ¿No estás un poco

Hubo un silencio. Luego, una risa afable y perturbada. Se comprendían muy bien. Pe-ro Mauricio respondió, evadiéndola. -Se va mañana. Descanso para la com-pañía. Qué semana, caramba. Y ella perfec-ta, un físico de hierro, che. Serán los aires

de la pampa. Isabel alzó una mano para acallario, un gesto absurdo.

-No por ahí, Mauricio, no por ahí. De

ese humor también estamos hartos. No es contra ella, se defendió Mauricio



la queremos, acordate del libro, Isabel. Me cuerdo, dijo Isabel, me acuerdo, mientras colgaba el tubo, iba a la cocina, eran las once, ponía agua a calentar, tendría tiempo de tomarse un té. Pero temblaba de calor y de

Tal vez la fiebre le enturbiaba la vista por-que no encontró la novela de la Extranjera en el estante donde la había puesto. Buscó inútilmente hasta que un acceso de náuseas la obligó a sentarse. En el tablero de ajedrez vio la tosca sirenita de Sitges. El libro, en cambio, se habia perdido entre sus propios

Se preguntó (la pava silbaba en la cocina) si el libro sería tan bueno como lo juzgaron entonces: en la revelación de un escritor hay una veta de asombro que confunde, oro enchapado entre pepitas. Las circunstancias favorecieron el placer del hallazgo ya que pú-blicamente la autora no existia. Nada por aquí, nada por allá. Un nombre imposible, una contratapa sin datos, salvo dos, muy escuetos: argentina y vivía en Buenos Aires. El libro era real

Exaltados por la pasión que confiere un descubrimiento, lo elogiaron, lo recomenda-ron, y una carta de Mauricio a Buenos Aires (la editorial les dio una dirección) tuvo res"Me gustaría tanto conocerlos, pero via-jar es imposible."

Tres meses después, la Extranjera llegaba a Barcelona. Isabel miró la sirenita de Sit-ges, miró a siete dias atrás, y tuvo que reírse v toser (eran las once y media va. Juan no llegaba, para qué si había otra noche, otros juegos más allá del vidrio del balcón, del tablero de ajedrez, del silbido histérico de la pava) hasta que le saltaron las lágrimas. Inc vitablemente, con imperdonable candor, la habian imaginado por el libro.

Recordó la escena de muda comicidad en el vestíbulo del hotel cuando se presentaro: los exploradores y su haliazgo. De la lectur de aquel texto, Mauricio e Isabel creian ha ber recogido una enigmática, pulida estatui lla de las Cícladas. Pero la verdadera auto-ra tenía la forma de una grosera cerámica de Sitges. Baja, redondita, tostada (era vera) en la Argentina) puro color de actividad al aire libre y con esa ropa de señora, labios pintados decorosamente, una voz aguda unos ojos que se comian todo (Mauricio yo, pensó Isabel entonces, alimento de su cu-riosidad bastarda) y una avidez de turista flamante que se saca a pasear. Estuvieron a punto de abandonarla ahí mismo.

En dos minutos sabian todo de ella. Tem-

blando adivinaron las fotos de familia (y por supuesto las mostró), un álbum de fruslería doméstica que trajo del infierno y abrió sobre el primer café. Marido, hijos, padres, tías, no faltaba ni el gato. Del libro, ay, sólo dijo que estaba escribiendo otro. No conocia a nadie que ellos conocieran. A nadie en Barcelona, a nadie en Buenos Aires. Nadie la copocía tampoco, subravó, con miseriosa suficiencia. Pero agradeció amablemente que ellos la conocieran.

Le encantó el Barrio Gótico y caminaba boquiabierta, devorando calles, fachadas, monumentos. Al cabo de un paseo agotador, se enteraron, furiosos, atónitos, de que era la cuarta o quinta vez que visitaba Barcelona. Barrio Gótico incluido. Sacó fotos, compró souvenirs, cositas para los chicos y el ma-rido del álbum. Isabel y Mauricio no sucumbieron a la desilusión porque no eran ilusos. pero vadearon el día agarrándose al libro co-mo náufragos. El segundo tuvo algo de playa o de puerto: el idioma común, libros lei-dos a los dos lados del océano (diez años de orillas enfrentadas), por fin del diálogo de voces humanas sobre la condición humana, alta sobre un murmullo de traiciones confusas. Sólo de tanto en tanto, una luz fantasmal, un relámpago ceniciento y mudo, cruzaba la patria compartida.

¡Diez años! murmuró Isabel, encogida frente al tablero de ajedrez donde la sirenita catalana reemplazaba un alfil, y yo le cuento la historia del balcón, a ella, esa extran-jera con su álbum de familia y su ceguera de diez años, a esa garganta que no sabe de gritos trato de describirle un grito, y ella va y me pregunta ¿Qué gritaste? Yo debi preguntarle: ¿Qué gritaste vos que estabas ahí, vos y tus diez años del otro lado del balcón, vos y tu aire de salud y de contento, vos y es hambre de vida que traés de la muerte, vos y tu

familia monstruosamente intacta?

—Extranjera. Te merecés el nombre dijo Isabel poniéndose de pie, tosiendo ahora convulsivamente.

Levantó el tubo del teléfono. Eran las doce. Imaginó a la esposa catalana diciendo con voz adormecida: "Mauricio, es Isabel". Y coleó. Por Dios. No tenía derecho. No. No. se dejaría corromper por el veneno infame de diez años de exilio. No ella. No Isabel Estaba el libro de por medio y había otras lealtades. Entonces, con violencia, arrojó la cerámica al piso y devolvió al tablero su alfil.

—Harta —dijo a la pieza vacía y profu samente amueblada—. Estoy harta.

¿Harta de qué? se preguntó, mientras to sia apenas, extenuada por una fatiga que le cortaba el aire, que demoraba su paso hacia el balcón. Apoyó la frente contra el vidrio y la helada dureza en la piel ardiendo la despeió. Abrió los ojos (no recordaba haberlo errado) y la vio entonces, por primera vez La Extranjera.

La vio tan clara, reclinada sobre el parapeto del balcón, de espaidas a Isabel, sola como ella y esperando, sola en busca de un grito, que estuvo a punto de extender la ma no para tocarla a través del cristal. No lla maría a Mauricio, no había necesidad de contarle, tampoco de explicar lo que ocurria. A esta altura, Mauricio ya sabia, él también se asomaba a un foso de diez años.

-Diez años -susurró Isabel - diez años son la vida entera cuando se pasa en un bal-

Diez años —asintió la Extranjeraconvierten en otra, te dan esa voracidad por las minucias cotidianas, ese hambre de mos-trar los cuerpos de tus seres queridos, esa falsa inocencia por angustia de la inocencia irre mediablemente perdida, ese aire grotesco provinciano

-O te dan -le replicó Israel mirándola través de la bruma de lágrimas— una falta de aire, unas ganas de salir como sea, a ender la ropa digamos, en pleno marzo y más de medianoche.

La pava siseaba moribunda cuando Isa-bel empujó la puerta y el viento la golpeó. —Hermana —dijo al silencio de Barcelo-na que dormía, al páramo de balcones anó-

El clac de la puerta cerrándose tras ella la alcanzó desde lejos, atenuado por la distancia que debió recorrer, la immensa llanura de cansancio donde se había extraviado una mujer con el abrigo puesto, sudorosa, tosiendo y asombrada de encontrarse ahi, ya sentada en el duro piso de baldosas, prendiendo un cigarrillo, contando años en la oscuridad, es-perando, terca, obstinada y extranjera como la cerámica de una sirena en Sitges, que al-guien la devolviera al mar, que alguien le trajera la llave.

Naturalmente, no gritó.



Por Vlady Kociancich



EXTRANJER

n truco. Isabel ya sabia (lo descubrieron en primer encuentro con ella) que unos segun-os más, extrovertida e implacable, cuento a uento, memoria a memoria, broma a brona, los sacaría del tema del balcón, de la pe-adilla y del grito y que se dejarían llevar, on una amarga sensación de estafa, a la ronon una amarga sensacion de estata, a la ron-a de libros donde ebrios, felices, inocentes, irarían los tres. Era en esos momentos cuan-o Mauricio e Isabel, secretamente replega-os, buscaban el nombre que llenara el hue-o, la palabra que ocupara el silencio.

—Entonces, ¿qué gritaste? —preguntó nesperadamente la Extranjera. Isabel la miró con asombro. Otra vuelta

Isabel la miró con asombro. Otta vuenta le tuerca. No había gritado nada, por su-ouesto.

—Dijiste que nadie contestó.

Los ojos de la Extranjera tenían la misma ransparencia, sólida e infranqueable, del vi-

lrio del balcón.
—Pero Isabel —Mauricio se pasaba de pando—, dijiste que llamabas y nadie conestó.

Acosada por ambos, trató de recordar. Tal /ez había pensado el grito.

vez había pensado el grito.

La verdad, no grité. Creo que por pudor. Por nuestro estúpido miedo al ridiculo.

¿Nuestro? Ahora, a las diez de la noche, ante el tablero de ajedrez, un alfil en la palma de la mano, admitió la vulgaridad de esa excusa. Apelaba —torpe instinto obsoleto—al lustre aporteñado del terror, la misma desidia y la nostalgia gris que guardaba en un viejo pulóver de Buenos Aires. Si, el argentino del estereotipo, con su facha de inglés, disfrazado de guapo. No, no fue miedo al ridiculo, no fue miedo de pasar vergüenza.

—Para llamar, hermana, hay que tener un nombre —le dijo ahora estremeciéndose.

Porque cuando diez años atrás, en Buenos Aires, la puerta se cerró tras ella y cortó

Porque cuando diez años atrás, en Bue-nos Aires, la puerta se cerró tras ella y cortó el paso al grito que podia gritar, el mundo era un desierto de balcones anónimos. Hu-manamente se defendió del pánico con las únicas armas que tenía. La primera, el re-chazo. No, no estoy aquí, estoy en mi cama y soñando. Pero estaba, temblando en el hie-lo de invierno y el cuerpo se lo repitió hasta convencerla. La segunda salida, el absurdo. Es una broma, un chiste idiota. Trató de reir y apenas logró una sonrisa descarnada y hue-ca, colgando en el vacio, muerta al nacer por-que el humor exige la presencia de otros y que el humor exige la presencia de otros y ca, cogando en e vacio, inverta a inacer por-que el humor exige la presencia de otros y ella estaba sola. La ira llegó a su turno y na-turalmente. ¿Por qué yo? ¿Quién me persi-gue? La respuesta fue que debía apurarse y no hacer más preguntas. Esa misma noche el exilio, una valija con lo indispensable. No el exilio, una valija con lo indispensable. No habria despedidas, el barco esperable en el puerto. Rebelde, Isabel se negaba a partir. No es verdad, no es verdad, estoy en mi ca-mas y soñando, ésta es mi casa, éstos son mis libros, ésta es mi gente, él dijo chau, se fue a trabajar como todos los dias, no ha muer-to, sólo olvidé sacar la llave, me di vuelta, lo vi saludarme, desapareció, volverá, tiene que abrir la puerta, entregarme la llave. Para llamar hay que tener un nombre y Para llamar hay que tener un nombre y

que aorr la puerta, entregame la nave.

Para llamar hay que tener un nombre y
diez años atrás Buenos Aires era un desierto
anónimo. Lo cruzó tan callada y a oscuras
como la ciudad que dormia, y las palabras
necesarias las dijo en un susurro. El grito de Isabel estaba guardado en la valija. Eran res-mas de papel muy fino, azul y amarillo. "¿Te creés que no hay papel en Barcelona?", le reprocharon cariñosamente. "Igual. Igual lo llevo".

El timbre la sobresaltó. No era la puerta,

en il tilifore a soutesanto. No cia la pecta, era el teléfono. Lo dejó sonar un buen rato, mientras se tocaba la frente y descubría que sudaba. Hace calor, pensó, y apartó de la ca-ra unos mechones empapados. Sin quitarse el abrigo, fue resignadamente hasta el teléfono. Era Mauricio.

—¿Por qué no atendías? Me asustaste. Con esa tos, no se te ocurrirá salir.

No, claro.

Y mañana tampoco. Oíme, la llevo yo al aeropuerto. Vos te metés en cama.

-Mauricio -sintió la ronquera hiriéndole —Si.
—Decime la verdad. ¿No estás un poco harto?

Hubo un silencio. Luego, una risa afable

Hubo un silencio. Luego, una risa arabie v perturbada. Se comprendian muy bien. Pero Mauricio respondió, evadiéndola.

—Se va mañana. Descanso para la compañía. Qué semana, caramba. Y ella perfecta, un físico de hierro, che. Serán los aires de la pampa.

Isabel alzó una mano para acallarlo, un reste abardo.

esto absurdo.

—No por ahí, Mauricio, no por ahí. De ese humor también estamos hartos. No es contra ella, se defendió Mauricio,

la queremos, acordate del libro, Isabel. Me acuerdo, dijo Isabel, me acuerdo, mientras colgaba el tubo, iba a la cocina, eran las on-ce, ponía agua a calentar, tendría tiempo de tomarse un té. Pero temblaba de calor y de Tal vez la fiebre le enturbiaba la vista por-

que no encontró la novela de la Extranjera en el estante donde la había puesto. Buscó inútilmente hasta que un acceso de náuseas la obligó a sentarse. En el tablero de ajedrez vio la tosca sirenita de Sitges. El libro, en cambio, se había perdido entre sus propios

Se preguntó (la pava silbaba en la cocina) si el libro sería tan bueno como lo juzgaron entonces: en la revelación de un escritor hay una veta de asombro que confunde, oro enuna veta de asomoro que contunee, oro en-chapado entre pepitas. Las circunstancias fa-vorecieron el placer del hallazgo ya que pú-blicamente la autora no existia. Nada por aquí, nada por allá. Un nombre imposible, una contratapa sin datos, salvo dos, muy escuetos: argentina y vivía en Buenos Aires. El libro era real.

Exaltados por la pasión que confiere un descubrimiento, lo elogiaron, lo recomenda-ron, y una carta de Mauricio a Buenos Aires (la editorial les dio una dirección) tuvo res-

"Me gustaria tanto conocerlos, pero viajar es imposible.

VINUELA

Tres meses después, la Extranjera llegaba a Barcelona. Isabel miró la sirenita de Sit-ges, miró a siete días atrás, y tuvo que reírse y toser (eran las once y media ya, Juan no llegaba, para qué si había otra noche, otros juegos más allá del vidrio del balcón, del ta-blero de ajedrez, del silbido histérico de la pava) hasta que le saltaron las lágrimas. Ine-vitablemente, con imperdonable candor, la habían imaginado por el libro.

Recordó la escena de muda comicidad en los exploradores y su hallazgo. De la lectura de aquel texto, Mauricio e Isabel creían haber recogido una enigmática, pulida estatuilla de las Cícladas. Pero la verdadera auto ra tenía la forma de una grosera cerámica de Sitges. Baja, redondita, tostada (era verano en la Argentina) puro color de actividad al aire libre y con esa ropa de señora, labios pintados decorosamente, una voz aguda, unos ojos que se comían todo (Mauricio y yo, pensó Isabel entonces, alimento de su curiosidad bastarda) y una avidez de turista fla-mante que se saca a pasear. Estuvieron a punto de abandonarla ahí mismo.

En dos minutos sabían todo de ella, Tem-

blando adivinaron las fotos de familia (y por supuesto las mostró), un álbum de fruslería doméstica que trajo del infierno y abrió so-bre el primer café. Marido, hijos, padres, tias, no faltaba ni el gato. Del libro, ay, sólo dijo que estaba escribiendo otro. No co-nocía a nadie que ellos conocieran. A nadie en Barcelona, a nadie en Buenos Aires. Na-die la conocía tampoco, subrayó, con mis-teriosa suficiencia. Pero agradeció amable-

teriosa suficiencia. Pero agradeció amablemente que ellos la conocieran.

Le encantó el Barrio Gótico y caminaba boquiabierta, devorando calles, fachadas, monumentos. Al cabo de un paseo agotador, se enteraron, furiosos, atónitos, de que era la cuarta o quinta vez que visitaba Barcelona, Barrio Gótico incluido. Sacó fotos, compró souvenirs, cositas para los chicos y el marido del álbum. Isabel y Mauricio no sucumbieron a la desilusión porque no eran ilusos. bieron a la desilusión porque no eran ilusos, pero vadearon el día agarrándose al libro co-mo náufragos. El segundo tuvo algo de plamo naurragos. El segundo tuvo algo de pla-ya o de puerto: el idioma común, libros lei-dos a los dos lados del océano (diez años de orillas enfrentadas), por fin del diálogo de voces humanas sobre la condición humana, alta sobre un murmullo de traiciones confusas. Sólo de tanto en tanto, una luz fantas mal, un relámpago ceniciento y mudo, cru-zaba la patria compartida. ¡Diez años! murmuró Isabel, encogida

frente al tablero de ajedrez donde la sirenita catalana reemplazaba un alfil, y yo le cuen-to la historia del balcón, a ella, esa extranto la nistoria dei olicon, a etia, esa extran-jera con su álbum de familia y su ceguera de diez años, a esa garganta que no sabe de gri-tos trato de describirle un grito, y ella va y me pregunta ¿Qué gritaste? Yo debí pregun-tarle: ¿Qué gritaste vos que estabas ahí, vos y tus diez años del otro lado del balcón, vos y tu aire de salud y de contento, vos y ese hambre de vida que traés de la muerte, vos y tu familia monstruosamente intacta?

—Extranjera. Te merecés el nombre — dijo Isabel poniéndose de pie, tosiendo ahora convulsivamente.

Levantó el tubo del teléfono. Eran las doce. Imaginó a la esposa catalana diciendo con voz adormecida: "Mauricio, es Isabel". Y colgó. Por Dios. No tenía derecho. No. No se dejaría corromper por el veneno infame de diez años de exilio. No ella. No Isabel. Estaba el libro de por medio y había otras lealtades. Entonces, con violencia, arrojó la cerámica al piso y devolvió al tablero su alfil.

cerámica al piso y devolvió al tablero su alfil.

—Harta —dijo a la pieza vacía y profusamente amueblada—. Estoy harta.

¿Harta de qué? se preguntó, mientras tosia apenas, extenuada por una fatiga que le cortaba el aire, que demoraba su paso hacia el balcón. Apoyó la frente contra el vidrio y la helada dureza en la piel ardiendo la despejó. Abrió los ojos (no recordaba haberlos cerrado) y la vio entonces, por primera vez. La Extraniera. La Extraniera.

La vio tan clara, reclinada sobre el para-peto del balcón, de espaldas a Isabel, sola peto del balcón, de espaldas a Isabel, sola como ella y esperando, sola en busca de un grito, que estuvo a punto de extender la ma-no para tocarla a través del cristal. No lla-maría a Mauricio, no babía necesido. maría a Mauricio, no había necesidad de contarle, tampoco de explicar lo que ocurría. A esta altura, Mauricio ya sabía, él también se asomaba a un foso de diez años.

—Diez años —susurró Isabel— diez años son la vida entera cuando se pasa en un bal-

—Diez años —asintió la Extranjera— te convierten en otra, te dan esa voracidad por las minucias cotidianas, ese hambre de mos-trar los cuerpos de tus seres queridos, esa fal-sa inocencia por angustia de la inocencia irremediablemente perdida, ese aire grotesco y

O te dan —le replicó Israel mirándola a través de la bruma de lágrimas— una fal-ta de aire, unas ganas de salir como sea, a tender la ropa digamos, en pleno marzo y más de medianoche.

La pava siseaba moribunda cuando Isa-

bel empujó la puerta y el viento la golpeó.

—Hermana —dijo al silencio de Barcelona que dormía, al páramo de balcones anó-

El clac de la puerta cerrándose tras ella la alcanzó desde lejos, atenuado por la distancia que debió recorrer, la inmensa llanura de cansancio donde se había extraviado una mujer con el abrigo puesto, sudorosa, tosiendo y asombrada de encontrarse ahi, ya sentada en el duro piso de baldosas, prendiendo un cigarrillo, contando años en la oscuridad, es-perando, terca, obstinada y extranjera como la cerámica de una sirena en Sitges, que alguien la devolviera al mar, que alguien le tra-jera la llave.

Naturalmente, no gritó.

Mar del Plata

VILLA VICTORIA OCAMPO. Matheu 1851

• Cine en el parque, todos los mar-tes y miércoles de febrero, a las 22.30 hs. Organiza Fundación Cultura Ci-ne Arte Mar del Plata con el auspicio de Página/12. Pantalla gigante EXPOSICION DE AUTOS Y MO-TOS ANTIGUAS, hasta el 17 de febrero de 16 a 20 hs. Con la colabo-ración del Club de Autos de Colección y Motos Antiguas de Mar del Lamadrid 3870.

ICLO DE VERANO EN LAS PLAYAS. Juegos recreativos y es-pectáculos. Rotativamente en La Perla, Playa Grande y Constitución. Viernes, sábados y domingos a partir de las 15 hs.

CICLO MUSICAL. Todos los vier-

nes a las 22 hs. con la participación de artistas de renombre nacional de artistas de renombre nacional. LA ULTIMA NOCHE QUE PASE

CONTIGO. Sábados, domingos y lunes a las 23 hs. Música caribeña de las décadas del '40 y '50. ARCHIVO MUSEO HISTORICO MUNICIPAL. Villa Ing. Emilio Mitre. Lamadrid 3870.

• Muestra permanente Momentos Históricos, se desarrolla en las salas de P.B. de la Villa.

 El ayer y el hoy Marplatense. Con imágenes comparativas de la transformación urbana arquitectónica

formación urbana arquitectonica MUSEO MUNICIPAL DE CIEN-CIAS NATURALES LORENZO SCAGLIA. Av. Libertador 3099, • El Museo en acción. Diariamente de 10 a 12 y de 17 a 22 hs. • Muestra de las principales activi-

dades marítimas que tienen asiento en Mar del Plata.

TEATROS

ALBERDI, J.B. Alberdi 2453. De martes a domingos a las 22 hs. Lorenzo y Carlos Spadone presentan

TEATRO AUDITORIUM

ASI ES LA VIDA con Malvina Pastorino Marcos Zucker

VIERNES 21 - 23.30 21 y 23.30 DOMINGO

CHANGO NIETO 24 SABADO

EL VELERO DESVELADO

18

VIERNES SABADO DOMINGO

MARIAN Y CHANGO FARIAS GOMEZ

MARTES

JAIME TORRES

MIERCOLES

JUEVES

Precios Populares

éxito continúa.

ATLAS. Luro y Corrientes

De martes a domingos 21.30 y 23.15 hs. Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán, Gra-ciela Dufau en **Brujas**, de Santiago Moncada. Dir.: Luis Agustoni. **BIBLIOTECA**. Catamarca y 25 de

• Sala A: Crimen en la mansión en-cantada, espectáculo reidero para to-da la familia. Con Elisa Marval y José María Guimet. Jueves a domingos a las 22.15 hs. Todos los martes (excepto 22) Luis Caro en Murga de los

Sala B: Jueves a domingos a las 22.15 hs.: Pasado pisado. Humor para olvidadizos de Marcelo Marán con Patricia Canale, Cecilia Martin, Jorge Frontera, Dir.: Enrique Baigol. C.C.L.T. Colón 2052.

Lo mejor del Teatro Independiente Lo mejor der learts independente.
A las 22.30 hs., lunes y martes, J. M.
Rapacciolli presenta: Prévert, más
que palabras. Miércoles y jueves,
Sergio Paris y J. Rivera Wollands en:
Humorbozo, para reírse hasta la muerte. Viernes, sábados y domingos, Grupo Los Trascendentales pre-senta: Merde, el último comediante. CENTRO MEDICO. San Luis 1974. A las 22.30 hs. Lunes, miércoles, viernes y domingos. Estreno absoluto de: Proceso de familia, de Diego Fabbri. Una obra que no puede de-jar de ver. Dir.: Francisco Rinaldi. Martes, jueves y sábados: La rato-nera, de A. Christie en sus 11 años. CORRIENTES 1. Corrientes 1766 Diariamente 22.30 hs. Fernando Lú-piz, César Pierry, Judith Gabbani, Pablo Codevila, Liliana Bernard, Adriana Basualdo y Lucrecia Cape llo en: Mentiro...S.O.S. Dir.: Clau dio García Satur.

CORRIENTES 2. Corrientes 1766. Diariamente 22 hs.: Betiana Blum, Arturo Bonín en: Love Letters (Cartas de amor), de A. R. Gurney, ver sión Fernando Masllorens y Federi co González del Pino. Dir.: Oscar

DE LAS ESTRELLAS. Colón y la

De miércoles a lunes 22.30 hs. Sábados 21.30 y 23 hs. Gustavo Rozas presenta a Roberto Antier, Cecilia Etchegaray, José M. Monje, Ricardo Sbaraglia, Adrián Suar y Diego Torres en: Pájaros in the nait, de Korovsky-Hermida. Dir. gral.: Ricardo Darin

ENCUENTROS. San Luis 2069 Presenta Compañía de Teatro Colo-nial de Bs. As. en: De cómo reirse en serio. Con Ivana Molinari y Adrián Di Stéfano (Dir. Gral.) Miércoles y sábados a las 22 hs. Apta para todo público.

FEELING... OF THE NIGTH. Santiago del Estero 2265.
Todos los días a las 22.30 hs.: El

show más espectacular para la mu-jer. Ahora el éxito de Bs. A's. está en Mar del Plata: Hombres sensuales en un verano caliente, con la conduc-ción de Sergio Devitte y la coreografia de Dario Martinea

INDEPENDENCIA. Independencia 1462.

Presenta Compañía del Teatro Coonial de Bs. As. en: Zarzuelas (3ª temporada con nuevo programa). Auspicia embajada de España. Frag-mentos de La verbena de la paloma, La gran vía, etc. Gran elenco. Dir ical: F. Galvé. Diariamente a las 21.30 y 23.15 hs.

TEATRO PAYRO

AFROPI ANOS

C. Carella y P. Novoa 21.15 - 23 VIERNES 21,15 SABADO

DOMINGO

LA GRANJA DE DIANA

19.30

VIERNES SABADO DOMINGO

LOS MALAGUEÑOS

LUNES

ARCO IRIS

Musical 20

LUNES

LUCECITAS DE LA ISLA

MARTES a DOMINGO

Precios Populares

LIDO. Santa Fe 1751.

De martes a domingos a las 22 hs. Lorenzo y Carlos Spadone presen-tan: Extraña pareja (versión femenina), de Neil Simon, con Soledad Silveyта, Ana María Picchio, Perla Ca-ron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julian Howard y Roberto Caterineu.

NEPTUNO. Santa Fe 1751.

De martes a domingos a las 21.30 y 23.45 hs.: Midachi presenta su nue-vo espectáculo: Volumen III. Para todo público. Lunes a las 22.30 hs.: Luis Aguilé, con su espectáculo Música feliz.

NOTARIADO. Colón e Independencia.
Alba Castellanos en: El poeta y la

Luna, con Mayte Caparrós y Osvaldo Albornoz. Martes y jueves: 22.30. De viernes a lunes a las 22.30 hs.: Mugres tempestuosas, de la Fábrica Marplatense de Comedias

ODEON. Entre Ríos 1828. "Divertidísima". Mercedes Carreras, Beatriz Taibo, Mario Sapag en La cigüeña dijo sí, con Victoria Carreras, Gabriel Lenn y la actuación estelar de Francisco Llanos. Autor Carlos Llopis. Dir.: Enrique Carreras. Miércoles, jueves y viernes a las 22 hs. Martes, sábados y domingos a las 21 y 23 hs. Apto para todo público.

PLAZA. Rivadavia 2332

De martes a domingos a las 23 hs. Lunes a las 22.30 hs. Unico espectá-culo internacional: Pavlovsky, con Angel Paylovsky.

PROVINCIAL, B. Marítimo 2300. E. Estevánez presenta a Carlos Cal-vo, Enzo Viena, Cris Morena, Pablo Rago, Mabel Landó, O. Echegoyen en: Mi familia, de Neil Simon. Dir. gral.: Carlos Olivieri. De martes a domingos a las 21.30 y 23.30 hs.

RE FA SI 1. Luro 2332.

De martes a domingos a las 22 hs. Grupo La Banana Loca, presenta el show cómico musical: Hu humor se paga. Apto todo público. Lunes a las 22 hs. Grupo Los Fiambres presenta: Fiambres en las góndo público.

Viernes sábados y domingos a las 0.15 h. Miguel Angel Vaccaro pre-senta a Daniel Aráoz y el Turco Salomón en: Dos ladrones en contra-

REGINA. San Martin 2426

De martes a domingos 21.30 y 23.30 hs.: Darío Vittori, Beatriz Salomón y elenco en; Noche de gatos. SANTA FE. Santa Fe 1854. Claudio García Satur y Patricia Pal-

mer en: De mil amores, con Alfredo Zemma. Apto todo público. Martes miércoles, jueves y domingos a las 22 hs. Viernes y sábados a las 22 y 23.30 TEATRO MARPLATENSE LA

GRANA. Av. Colón y Guido. Presenta: Una libra de carne, de Agustín Cuzzani. Dir.: Roque Ba-sualdo. Elenco: Hugo Cogan, Claudio Acuña, Víctor Iturralde, Juan José Luques, Jorge García, Jorge Ramírez Jar, Mario González y Claudio Basualdo. Viernes a domin-

TRONADOR. Santiago del Estero

Presenta: Rumores, de Neil Simon, con M. Busnelli, J. Leyrado, M. Va-lenzuela, R. Darín, J. L. Mazza, R. Randón, A. Maly, A. Salgueiro, R. Flore, A. Majluf. Dir.: Ricardo Darín. Martes a domingos a las 22 hs. Sábados: 21.30 y 23.30 hs. TEATRO PLAZA. Rivadavia 2332.

A las 23.30 hs.: Cachondeo noctur-no. Un show de humor distinto. De E. Segalini, actor, mimo, clown (ex Botton Tap) y elenco. Canta Silvina

VARIEDADES

BAILABLE SOCIAL RIVADA-VIA. Entre Ríos 1864

Discoteca exclusiva para mayores de 25 años. Venga a bailar con todo ritmo de la noche. Tango, jazz, tropi-cal. "Carnaval Carioca". Abierto todos los días desde las 22 hs. Abierto

FERROSHOW, Teatro Circular del

Una monumental maqueta de 260 m2 surcada por infinidad de trenes y locomotoras de todas las épocas, en réplicas exactas a escala 1:87. Todos los días: 20.30 y 22.30 hs. (con mal tiempo, también a las 18.30 hs.) niños gratis.

CIRCOS

ESTRELLAS DE MOSCU, Super

Domo. J. B. Justo y Edison. Artistas egresados del Instituto de Arte Circense de Moscú, diariamente a las 22 hs. Sábados 20 y 22 hs. Días 16 hs.

CIRCO ORLANDO ORFEL

Puerto. Todos los días a las 19.30 y 22.30 hs. RODAS, Puerto.

Diariamente funciones a las 20 y 22.30. Días nublados a las 16 hs. ORLANDO TERRY. J. B. Justo

Diariamente funciones a las 20 y 22.30 hs. Dias nublados a las 17 hs

Necochea

TEATROS

DE LA ESOUINA, Av. 73. Show Mágico: Jorge Guillermoni. Martes a domingos a las 23 hs. DE LA PEATONAL. Calle 83 e/2

Anciado en Madrid, de Roberto Ibáñez, con R. Carnaghi y H. Grosso. Dir.: V. Cosse. Martes a domingos 23 hs

PLAZA. Calle 85 y Bis.

Modelos de madres para recortar y armar. Por Grupo Candilejas. Jueves a domingos a las 22.30 hs. Inodoro Pereyra "El Renegau", por el Grupo de Acción de Rosario. Jue-ves a domingos 24 hs.

TEATRO MUNICIPAL, Calle 54

Presenta el unipersonal de Danilo Devizia. Viernes a domingos 22 hs.

Villa Gesell

MUSIC HALL

BEL-MOTEL. Alameda 206 y Calle

Viernes, sábados y domingos: César Isella y Grupo Cantoral. Jueves y sáhados: Carlos Barocela.

POUR L'ETE. Avenida 3 y Paseo

Café Concert. Todas las noches show musical con distintas figuras. Willy Toledo, Bocha Retegui, Walter Acosta

POLIDEPORTIVO MUNICIPAL. Paseo 110 e/Boulevard y Av. 10
Portal, rey de los monos. Una propuesta de Raúl Portal para todos los pequeños. Todos los días de 18 a 24 Días lluviosos de 16 a 24 hs.

CASA DE LA CULTURA. Avenida Nº 3 entre Paseos 108 y 109.

Lunes y martes a las 23 hs.: La senora Klein. Con Mabel Manzotti. Miércoles y sábados: Inodoro Pereyra, Rudy Chernicoff.

Jueves Comedia Municipal de Villa Gesell con Balada para un asesino. Viernes y domingos Reunión cumbre, con Jorge Butron.

TANDIL Y BARADERO

VIII ENCUENTRO NACIONAL FOLKLORICO DE LA SIERRA Viernes 8: León Gieco y el grupo Markama

Sábado 9: Conduce: Marcelo Simón Organiza peña El cielito de Tandil

VI Festival de Baradero Viernes 8: Jaime Torres. Horacio Guarani, Enrique Llopis, Grupo Alquimia, Los nocheros. Ballet Facón v Danza, Los gauchos de Orán, Chango Funes, entre otros.

> Sábado 9: Juan Carlos Baglietto, Los hermanos Cuesta, Suna Rocha, Claudia Mores, Rolando Luque, entre otros

Domingo 10: León Gieco, Peteco Carabajal, Hamlet Lima Quintana, La Chacarerata Santiagueña, Néstor Fabián, entre otros.



GOBIERNO DEL PUEBLO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Subsecretaría de Cultura